

# entrevista

Fredy Yezzed y Andrea Pinzón

Carlos Vidales:

# Los libros de mi padre fueron mis primeros juguetes

Fredy Yezzed y Andrea Pinzón\*

**D**e “cinematográfica” podríamos definir la vida de Carlos Vidales. Desde su infancia, el hijo del primer secretario del Partido Comunista Colombiano, el poeta Luis Vidales, vio desfilar por la sala de su casa a los personajes más ilustres del escenario intelectual y político de la época; entre ellos, al caudillo liberal Jorge Eliécer Gaitán, de quien guarda divertidas anécdotas, y al excandidato presidencial Gabriel Turbay, a quien pinta con matices desconocidos. Después del Bogotazo, a muy temprana edad, Carlos Vidales acompañó a su padre al exilio en Chile; allí comenzó una militancia que lo llevaría a ser uno de los hombres más cercanos a Salvador Allende. Expatriado una vez más después del golpe de Estado en Chile, regresa a Colombia y se integra al movimiento guerrillero M-19, liderado entonces por el comandante Jaime Bateman. Pocos años antes

---

\* Fredy Yezzed: Bogotá, 1979. Licenciado en Lenguas Modernas de la Universidad de La Salle y Profesional en Estudios Literarios de la Pontificia Universidad Javeriana. XII Premio Nacional Universitario de Cuento Universidad Externado de Colombia 2001 con la obra *El costo de la vida* Premio Nacional de Cuento Ciudad de Bogotá 2003 con la obra *Amor en coma*. Premio Nacional Poesía Capital 2005 con la obra *Alejo Carpentier vuelve a la ciudad* organizado por la Casa de Poesía Silva, y ganador en 2006 del XXVII Concurso Nacional Metropolitano de Cuento, Universidad Metropolitana de Barranquilla con la obra *Los viajes de Alejandra*. Sus poemas aparecieron por primera vez en la antología colombo-uruguaya de poesía joven *El amplio jardín* (Montevideo, 2005), gestionada por la Embajada de Colombia en Uruguay y el Ministerio de Educación y Cultura de Uruguay.

El diario inédito del filósofo vienés Ludwig Wittgenstein, fue Mención Honorífica del Premio Nacional de Literatura-Poesía 2007 del Ministerio de Cultura.

\* Andrea Pinzón Escobar: Bogotá. Licenciada en Lenguas Modernas, candidata a magíster en Literatura y Cultura del Instituto Caro y Cuervo. Coordinadora de la Revista *Juvengativá: Acciones y palabras*.

**Nací en 1939,  
el año del inicio  
de la Segunda  
Guerra Mundial,  
lo que marcó mi  
infancia por la  
intensa actividad  
de mi padre en  
favor de los judíos  
perseguidos por el  
nazismo y en apoyo  
a la lucha contra la  
bestia hitleriana.**

de la toma del Palacio de Justicia se alejó del movimiento guerrillero por su desacuerdo con los secuestros y, especialmente, con el asesinato de José Raquel Mercado, lo que le costó su tercer —y definitivo— exilio, esta vez en Suecia. Desde allí, donde vive con su familia y trabaja como historiador, habló Carlos Vidales, entre muchas otras cuestiones, sobre su amigo el escritor José María Arguedas, la situación sociopolítica de Colombia y la obra de Luis Vidales.

**Entrevistadores:** Carlos, naciste a finales de la década de los 30, años bastante convulsos para la historia colombiana. ¿Cuáles fueron las circunstancias familiares que rodearon tu nacimiento?

**Carlos Vidales:** nací en 1939, el año del inicio de la Segunda Guerra Mundial, lo que marcó mi infancia por la intensa actividad de mi padre en favor de los judíos perseguidos por el nazismo y en apoyo a la lucha contra la bestia hitleriana. Soy el segundo hijo de Luis Vidales Jaramillo y de Paulina Rivera de Vidales. Mi hermana Luz es un año mayor. Cuando nací, mi padre era funcionario de la Dirección Nacional de Estadísticas y en 1940



Tomada de: <http://www.sxc.hu>



fue nombrado Director Nacional de Estadísticas por el gobierno liberal de Eduardo Santos, cargo que ocupó hasta 1946. Mi primera infancia fue de intenso contacto con mis padres, comodidad económica y mucha actividad intelectual y social en el hogar, en la que mi padre siempre me hizo partícipe: Jorge Eliécer Gaitán, Gabriel Turbay, León de Greiff, los Lleras entre otros.

**EE.:** de tus primeros años de infancia, ¿cuál es el primer recuerdo que tienes de tu padre y de tu madre? O algo que quizás tengas muy marcado en tu memoria y desees rescatar en estas pocas líneas...

**C.V.:** recuerdo que mi padre acostumbraba ponerme de pie en un estrado para que yo echara discursos a los ilustres visitantes de la casa, que me aplaudían mucho y siempre me traían cajas de chocolates y otros regalitos. Gaitán y León de Greiff siempre me sugerían ideas de discursos. A los cinco años de edad, yo me sentía como un “tribuno del pueblo”. Imagino que eso sería muy divertido para Gaitán, que siempre se reía con mucho entusiasmo.

**EE.:** ¿podrías extenderte, mencionando tres lecturas o libros de aquella biblioteca familiar?

**C.V.:** aparte de los muchos libros para niños que mi padre y mis tías me regalaban, mencionaré mis primeros libros para adultos que leí a escondidas: los cuentos de Maupassant, las narraciones de Edgar Allan Poe y la *Divina comedia*, de Dante. Mi padre tenía una bella edición bilingüe de esta última obra y yo me entretenía leyendo primero la parte italiana (sin conocer la pronunciación) y luego la correspondiente parte en castellano. Llegué a aprenderme de memoria todo el Primer Canto: “N’el mezzo del camin di nostra vita...”. Los libros de mi padre fueron mis primeros juguetes, creo.

**EE.:** ¿en qué momento mermó tu entusiasmo con la poesía, porque sabemos que escribiste en tus años de secundaria?

**C.V.:** creo que se debió a un comentario de mi padre. Un día, uno de sus amigos, Humberto Soto, comentó que yo había heredado la vena poética de mi progenitor y entonces mi padre dijo: “Creo que eso no le durará mucho. Yo le veo más aptitudes para la ciencia”. Yo lo interpreté como una valoración negativa de mis calidades literarias y me desanimé. Años más tarde me di cuenta de que mi padre me estaba “programando” para la medicina, pues esa fue una de sus ideas fijas y la fuente de mis conflictos de adolescencia con él. El hecho es que he comenzado a escribir poesía años después de la muerte de mi padre.

**EE.:** mencionaste, empezando la entrevista, a Jorge Eliécer Gaitán ¿Cómo se conocieron con tu padre? ¿En qué se basaba su relación?

**C.V.:** se conocieron en París, en 1927. También allí conoció a Gabriel Turbay. Gaitán se decía socialista, mi padre y Turbay eran entusiastas comunistas. Mi padre sostuvo siempre, en conversación familiar, que lo de Gaitán era un “socialismo liberal”. Cuando mataron a Gaitán, mi padre salió de nuestra casa de la calle 63 en Chapinero para tomar parte en la dirección de la insurrección. No volví a verlo durante un año, porque después del 9 de abril fue apresado por el ejército y permaneció diez meses preso en la Escuela Militar, bajo corte marcial. Mi padre era uno de los jefes de la campaña presidencial de Gaitán y uno de los principales redactores del diario *Jornada*, órgano del gaitanismo. El asesinato de Gaitán marcó un cambio muy dramático en mi vida. Mi padre pasó a la clandestinidad, perdí el contacto con él mientras él dirigía una red de radioemisoras clandestinas y llegó

a ser el tesorero nacional de las guerrillas liberales (todo esto lo supe después). Yo caí en manos de parientes conservadores, laureanistas; se me acabó la infancia, la vida se volvió un infierno y de eso salí a fines de 1952, cuando mi padre pudo regresar a la casa y comenzaron los preparativos para marchar al exilio en Chile.

**EE.:** vemos también en tu padre un grado de apertura mental al recibir a personalidades tan disímiles en pensamiento, como a un Gabriel Turbay que en sus años maduros fue opositor a la candidatura de Gaitán, pero quienes indudablemente sentían una fascinación hacia las letras.

Mi padre siempre decía que quien no puede coexistir con gente que piensa diferente, es un bárbaro y jamás podrá ser un verdadero revolucionario. Ahora, yo creo que con Gabriel Turbay y los Lleras se han tejido mitos de pura ignorancia, que han terminado por establecerse como verdades. En la década de los 20 todos los que he nombrado se declaraban comunistas, aunque el partido no existía. Cuando se fundó el partido, en 1930, algunos de ellos entraron a sus filas y otros decidieron trabajar dentro del partido liberal, por las ideas socialistas. Gaitán intentó crear la UNIR, coalición de fuerzas populares de tendencias socialdemócratas y socialistas, y fue duramente atacado por el partido comunista. Mi padre escribió terribles cosas contra Gaitán en aquella época, acusándolo de divisionista y traidor a la unidad del pueblo. Era una situación parecida a la que hay ahora con Petro. Después de un tiempo, Gaitán se convenció de que había que actuar dentro del liberalismo, si quería llegar a la presidencia. Gabriel Turbay lo miraba con mucha simpatía, pero le decía que en el liberalismo era esencial ganar la jefatura única y que sin ella no se ganaban elecciones.

**EE.:** aspecto que lograría Gaitán más tarde...

**C.V.:** pero Gaitán era impaciente... y bastante vanidoso. Creía que él solo podía derrotar al candidato oficial del liberalismo. Me consta, por haberlo visto y oído muchas veces, que mi padre y muchos otros le decían: "No divides al liberalismo, porque perdemos frente a los godos". Gaitán respondía: "Yo soy capaz de ganarle a los godos, incluso si una parte del liberalismo vota por el candidato oficial". Los resultados de mayo de 1946, por si no se acuerdan, fueron estos: Mariano Ospina Pérez, conservador, 565.939; Gabriel Turbay, liberal y candidato oficial, 441.199; y Jorge Eliécer Gaitán, liberal disidente, 358.957 votos. Es decir, Gaitán dividió las fuerzas populares y contribuyó al triunfo de los godos. Con increíble generosidad, Gabriel Turbay le dijo: "Bueno, ahora debes ganar la jefatura única del liberalismo. Cuentas con mi apoyo". Lo que pasó después es conocido. Toda la gente de izquierda que había apoyado a Turbay, incluyendo a mi padre, se volcó en un trabajo febril por Gaitán.

**EE.:** cuéntenos ¿cómo fue llegar en esas circunstancias de exiliados a Chile?

**C.V.:** nosotros teníamos invitación de Perón para recibir asilo en Argentina. Pero al entrar en Chile recibimos un telegrama del presidente Carlos Ibáñez del Campo, dándonos la bienvenida y ofreciendo trabajo a mi padre en la Dirección Nacional de Estadísticas. Por eso nos quedamos en Chile. Mis hermanos y yo recibimos educación gratuita de la mejor calidad, una tremenda solidaridad y amistades que duran todavía, hasta la muerte. Yo me fui de la casa paterna y de Chile, cuando terminé mis estudios secundarios, a la edad de 17 años, y decidí estudiar medicina en Córdoba, Argentina. Mi padre regresó a Colombia en 1962, para trabajar en el DANE por invitación de Lleras. Mi madre se quedó en Chile ocupándose de mis hermanos menores y regresó a Colombia, al





Tomada de: <http://blogcasadelahistoria.blogspot.com/>

lado de mi padre, en 1970. ¿A quiénes conocimos? A todos los intelectuales importantes, a todo el Comité Central del Partido Comunista, a Salvador Allende, con quien mantuve una gran amistad a pesar de las diferencias de edad, al sabio Alejandro Lipschutz, quien siempre me encargaba libros en razón de mis muchos viajes por América del Sur, y con quien tuve una entrañable e inolvidable amistad. En Chile comencé mi militancia comunista en 1953 en la ilegalidad y lo recorrí pueblo por pueblo y casi literalmente casa por casa, incluyendo la Antártica, el desierto de Atacama y la Isla de Pascua. Chile me formó, Chile me educó, Chile me enseñó a pensar en la política moderna y mis primeros pasos como historiador los hice estudiando la historia del proletariado chileno.

**EE.:** ¿qué recuerdos tienes del barrio Bellavista, que por cierto es un nombre muy sugestivo? ¿Cuál fue tu primera impresión cuando conociste a Neruda?

**C.V.:** se llama Bellavista porque en él se encuentra el cerro San Cristóbal, desde cuya cumbre se veía toda la panorámica de Santiago. El barrio, de clase media por aquel entonces, está separado del centro de Santiago por el río Mapocho. Neruda tenía su

## En Chile comencé mi militancia comunista en 1953 en la ilegalidad y lo recorrí pueblo por pueblo y casi literalmente casa por casa, incluyendo la Antártica, el desierto de Atacama y la Isla de Pascua.

casa en el barrio, nosotros vivíamos del lado más “burgués” del río, en el barrio Providencia. Pero estábamos lo suficientemente cerca como para escuchar, al amanecer, los rugidos de los leones del zoológico, vecino a la casa de Neruda. Yo conocí a Neruda una semana después de nuestra llegada a Chile, pues el poeta nos invitó a una velada en su casa. Allí estaba prácticamente todo el Comité Central del Partido Comunista (ilegal) y, además, el parlamentario Salvador Allende, a quien Neruda nos presentó diciendo: “Este hombre es el futuro presidente de Chile”. Aunque yo apenas tenía catorce años, me puse a conversar con Allende como la cosa más natural del mundo. Yo sabía que Neruda era un gran poeta, pero después de haber pasado la infancia mezclándome con gente importante, yo sentía como una cosa normal darle la mano y oír su conversación. Tenía una voz aburrida, pero decía

cosas fascinantes. Conmigo fue siempre muy amable y muy cordial.

**EE.:** en Colombia se le rinde una especie de tributo al General Rojas Pinilla por el desarrollo de la infraestructura del país, entre otros. Sin embargo, es curioso como en 1957 el General le niega la visa a Neruda para que entregara el premio Lenin a Baldomero Sanín Cano. ¿Cómo tomó este suceso Neruda?

**C.V.:** fue mi padre el encargado de entregar el Premio Lenin de la Paz a Baldomero Sanín Cano. Esto fue decidido por la negativa de visa a Neruda y también porque mi padre había asistido al Congreso de Escritores Soviéticos, en Moscú, en 1955. Guardo una fotografía en que Luis Vidales aparece, en aquella ocasión, en compañía del escritor chileno Volodia Teitelboim, miembro del Comité Central del Partido Comunista Chileno, y del uruguayo Enrique Amorim. Rojas Pinilla era entonces un dictador bastante conservador que después de ser derrocado y marginado de la política, fue evolucionando hacia posiciones populistas para terminar, en los dos últimos años de su vida, como un asiduo lector de textos marxistas y un populista con simpatías hacia un socialismo reformista. Pero en la década de 1950 era autoritario, conservador-bolivariano y partidario de soluciones corporativistas. Por eso, creo, fue preciso esperar hasta 1957, cuando Rojas Pinilla estaba ya por caer, para entregarle el premio a Sanín Cano.

**EE.:** en 1985 tu padre recibe el Premio Lenin de la Paz y sufre la muerte de Paulina, su compañera de vida.

**C.V.:** la última vez que vi a mi padre y a mi madre fue en julio de 1979, cuando yo estaba en la clandestinidad por ser miembro del M-19 y el gobierno de Julio César Turbay estaba en plena cacería como respuesta al robo de las armas del Cantón Norte. Mi padre, en abril, ya había sido encarcelado en la Escuela de Caballería y luego puesto en libertad

por el escándalo internacional que este encarcelamiento produjo. Su casa estaba estrechamente vigilada, pero yo aproveché la ocasión de su cumpleaños y las muchas visitas de sus amigos para burlar la vigilancia policial y colarme en el edificio. Fui a felicitarlo en su día y a contarle que yo planeaba salir del país. Pasamos toda la noche tomando whisky y él recapituló toda su vida, sus aventuras y sus luchas políticas, las divertidísimas anécdotas de su vida chaplinesca y muchas cosas más. Yo salí de Colombia, con papeles falsos, en diciembre de 1979. Nunca más volví a ver a mis progenitores.

**EE.:** leímos en la *Revista Puesto de Combate* un artículo tuyo que hablaba sobre cuatro libros que se perdieron de tu padre. ¿Nos podrías hablar especialmente de *Diario tuyo y mío* escrito durante los años de exilio en Chile?

**C.V.:** el *Diario tuyo y mío* es eso: un diario personal. A pesar de que su contenido es principalmente literario y sociológico, expresa también la angustia del exilio. Hoy, las personas que estudian los fenómenos del destierro y el desarraigo conocen muy bien el fenómeno del *síndrome del exilio*, que afecta el carácter, el humor, el equilibrio emocional del exiliado y con mucha frecuencia lo saca de quicio, lo vuelve irritable, colérico, a veces deprimido, a veces duro con sus seres queridos. A mi padre le dio ese síndrome muy duro y a mí y a mi hermana nos tocó sufrir los efectos de sus cóleras repentinas, su irritabilidad, su angustia y su soledad. Por eso me fui de la casa a los 17 años y me llevé mucho tiempo comprender las causas psicológicas profundas de estos conflictos, que marcaron mi adolescencia. El *Diario tuyo y mío* contiene, entre líneas, muchas claves de este proceso doloroso.

**EE.:** sí, es conocido como el síndrome de Ulises, tú en esas mismas condiciones de exiliado ¿llegaste a sentir la soledad, el fracaso y el miedo?

**C.V.:** yo también sufrí ese síndrome. Ningún desterrado se libra de eso. Uno vive su exilio según su carácter. Nunca he sido depresivo: me volví más bien irascible e impaciente, hasta que adquirí conciencia de lo que me estaba pasando y corregí el problema trabajando, trabajando y trabajando. Mi hijo mayor sufrió algo de mis impacencias y cóleras, como yo sufrí las de mi padre. Desde el fondo de mi corazón, le pido perdón. Pero debo decir que nunca hubo en mi infancia castigos físicos y tampoco los hubo jamás en la infancia de mis hijos. La “pedagogía de la correa” no ha existido en la estirpe de los Vidales desde tiempos inmemoriales. Es nuestra mejor herencia y uno de nuestros mayores orgullos.

**EE.:** precisamente otro “Padre de la Patria” como dices irónicamente, es Laureano Gómez quien persiguió bajo su mandato a tu padre obligándolo a dejar su puesto en la Universidad Nacional...

**C.V.:** mi padre y Laureano se odiaban políticamente, pero había entre ellos una indudable admiración intelectual de enemigos. No fue Laureano quien echó a mi padre de la Universidad Nacional, sino el presidente designado, por enfermedad de Laureano, Roberto Urdaneta Arbeláez. Recuerdo que una vez, en pleno gobierno laureanista, un alumno de mi padre quiso hacer su trabajo final modelando un busto de Laureano. Mi padre le aceptó el proyecto y lo calificó muy bien, pues ese joven godo tenía mucho talento como escultor. Laureano lo supo y le comentó al autor del busto: “Es una lástima que un hombre tan admirable como Vidales tenga ideas tan detestables”. Mi padre, por su parte, siempre llamaba a Laureano *El Monstruo*, no solamente por su desmesura, por sus pasiones y sus odios, por las canalladas que era capaz de cometer, sino también por su monstruosa capacidad intelectual.



**EE.:** pasando a otro tema, se dice que tu hermana mayor *Suenan timbres* la recubre un aura de esperanza, de ilusión y de utopía. Sabemos de la recepción dividida que tuvo. Lo que no sabemos es ¿dónde y cómo la concibió tu padre?

**C.V.:** es verdad que los bogotanos se dividieron en dos bandos cuando apareció *Suenan Timbres*, en 1926. Mi padre cuenta también lo siguiente: “Recuerdo que en aquella ocasión, camino de la Librería Colombiana, al desembocar a la plazuela de Las Nieves, muy campante por estar “estrenando libro”, vi que Augusto Ramírez Moreno venía por la carrera octava y al otearme, como a media cuadra de distancia, abrió los brazos y así se vino hasta encontrar mi pobre humanidad y estrecharla fuertemente, diciendo: “¡Qué éxito! ¡Qué éxito! ¡La ciudad está paralizada por tu libro! Vengo del Riviere, donde acaba de ocurrir una batalla campal por *Suenan Timbres*”. Yo le repliqué: “¿Una batalla? ¿Entonces ello quiere decir que hay quienes defienden a *Suenan Timbres*?”. “No, hombre no”, me aclaró. “Lo que pasa es que un grupo dice que tu libro es malo por unos motivos y otros sustentan que es pésimo por otros completamente diferentes. Y como no se pusieran de acuerdo, se armó la de Dios es Cristo y se pusieron de ruana las mesas y los asientos”. *Suenan Timbres* se gestó entre 1922 y 1926, como un desafío contra un medio hostil, mojigato, acartonado y mezquino.

**EE.:** el teórico de la minificción colombiana, el profesor Henry González, en su libro *La Minificción en Colombia* considera a tu padre como el fundador de este género en Colombia, estudia especialmente esos textos de la colección Estampillas, ¿qué opinas con respecto a esta novedosa lectura?

**C.V.:** me parece muy interesante, una perspectiva digna de considerar. Sin embargo, creo que hay que buscar más en los procesos precursores, formativos, en la embriología del género. Hay algún poema de doña Josefa Acevedo de Gómez que tiene rasgos embrionarios de minificción. Los géneros se van formando inconscientemente en la pluma de muchos autores, antes de que alguien los presente ya formados. Esta es una idea que me ha sido sugerida por la lectura del estudio sobre los poemas en prosa del libro *Párrafos de aire*. Creo que de ese estudio van a sacar las nuevas generaciones de críticos muchas cosas valiosas.

**EE.:** “aquel homosexual lo único que toleraba en cuanto al sexo femenino eran las niñas de sus ojos”, dice tu padre en *Visiones del carajete*, en *Suenan timbres*, creemos que uno de los aportes importantes de tu padre, como nos lo recuerda Isaías Peña, fue la incorporación del humor y la ironía en la poesía colombiana. ¿Qué opinas tú y que argumentaba tu padre al respecto? ¿Él era un hombre de buen humor en su cotidianidad?

**C.V.:** sí, el humor es el gran aporte de mi padre a la poesía colombiana del siglo XX. El humor, no lo cómico. Sobre esto escribió Luis Tejada una crónica genial. Mi padre decía: “Quien no sabe reír, no puede ser serio”. Por eso fue tan trágico que el exilio en Chile le matara el buen humor en el hogar, que había sido la delicia de mi infancia. Y por eso, mi reencuentro con mi padre, después del golpe de Pinochet, fue para mí como volver a la vida. Él había recuperado una parte de su talante humorístico. Es verdad que algunas de nuestras diferencias estaban mejor definidas, pero ahora podíamos tratarlas como amigos y compañeros. En los últimos años de su vida, por ejemplo, se volvió más duro y más intolerante contra los homosexuales, actitud que yo nunca compartí. Lo digo aquí porque la cita de la pregunta se refiere al tema y no quiero que pase desapercibido.

**EE.:** continuado con tu periplo ¿Terminaste, finalmente, medicina? Y ¿Por qué en Córdoba, Argentina? Tan cerca a Alta Gracia, el lugar donde vivió su infancia el Che Guevara.

**C.V.:** escogí Córdoba porque era fácil el ingreso y porque eso me ponía lejos de la casa paterna. Perón había sido derrocado en 1955 y reinaba la dictadura militar de la *Revolución Libertadora*. No terminé medicina porque, en el fondo, había empezado esos estudios para complacer a mi padre. La medicina me sedujo, es cierto. Fui ayudante de cátedra en Histología, mi materia preferida. Pero más me sedujeron la teoría biológica, la lucha política, la pedagogía y la investigación en historia. Me dediqué a esas tres últimas cosas, conocí casi todas las cárceles de la región –por dentro, claro– y jamás me he arrepentido de haberme jugado la vida por la causa social. En Córdoba viví en pensiones estudiantiles y en alguna de ellas la dueña recordaba al Che Guevara. Fue el período más intenso, más bravo y más aleccionador de mi vida.

**EE.:** algo que nos sorprende: entre 1968 y 1969 fuiste asistente del novelista peruano José María Arguedas. ¿Cómo llegaste a su literatura, al autor y en qué consistió tu trabajo junto a él?

**C.V.:** bueno, siempre me presentan como asistente de Arguedas, pero no lo fui nunca formalmente. Yo llegué a Lima a comienzos de 1968 y el primer día conocí a Sibila, la esposa de Arguedas, en la librería de Paco Moncloa, en el marco de la Plaza San Martín. Yo andaba con mi apariencia de *hippie* –pelo largo, sandalias, poncho– haciendo recopilación de objetos e información de folclore y pueblos indígenas para el *Museo de Arte Popular Americano* de Santiago de Chile. Sibila me dijo que era muy importante que yo hablara con Arguedas, quien llegó a los pocos minutos. Nos hicimos amigos desde el primer instante, pese a la diferencia de edad y de importancia. José María era de una modestia y una generosidad conmovedoras. Después me dijo que le había encantado mi aire de vagabundo. Me dio hospitalidad en su casa y compartió conmigo todo lo que sabía sobre el Perú y su maravilloso pueblo indígena. Cuando yo iba a las regiones andinas a hacer mi trabajo de recopilación, él me hacía encargos o me daba recados para sus amigos de las comunidades. De ahí ha salido la idea de que yo era su asistente. En ese período me leí y discutí con él todas sus novelas y narraciones y tuve el privilegio de conocer de cerca la redacción final de su última novela, *El zorro de arriba y el zorro de abajo*, que se cierra con su suicidio.

**EE.:** unos años después, Salvador Allende te nombra Jefe de Servicio de Documentación y Archivo en el Palacio de La Moneda, cargo que desempeñaste hasta enero de 1973. ¿En qué consistía tu trabajo allí y cómo te marcó conocer a Salvador Allende?

**C.V.:** ese trabajo tenía muchas facetas: dirigir y coordinar la transcripción de los discursos de Allende, para entregar los textos oficiales a la prensa nacional y extranjera.

**José María fue mi gran maestro sobre el mundo andino, pero también el hombre que más intensamente me ha enseñado a amar al pueblo, a los humildes y a los oprimidos.**

## Me opuse enérgicamente a la Toma del Palacio de Justicia, cuando me enteré de esa aventura irresponsable.

Preparar información histórica, política, social y económica, para el presidente y su comitiva, con ocasión de sus visitas al exterior. Mantener al día un amplio archivo de información y documentos para uso del presidente cada vez que los necesitara. Y coordinar la atención y la información a los periodistas extranjeros con ocasión de encuentros y conferencias internacionales. Era una gran cantidad de trabajo, pero yo tenía también una gran cantidad de gente muy capacitada para realizarlo. Yo conocía a Allende desde 1953 y nuestras relaciones fueron siempre muy correctas

y de gran amabilidad. Allende era un hombre ejemplar, un político de honradez a toda prueba, muy franco y sincero y con una inmensa pasión por el futuro de su pueblo. Respetaba de verdad a todos los partidos de la Unidad Popular y jamás intrigó contra ninguno con maniobras egoístas o sectarias. Conocerlo y trabajar con él me marcó para siempre: he tratado a muchos políticos latinoamericanos importantes, pero solamente unos pocos, muy pocos, poquísimos, me inspiran la confianza completa que Salvador Allende me inspiraba.

**EE.:** “ser joven y no ser revolucionario, es una contradicción hasta biológica”, dijo Allende...

**C.V.:** sí, por eso, a los 63 años, era más joven que muchos de sus contemporáneos.

**EE.:** ¿estabas aquel 11 de septiembre de 1973 en Santiago de Chile?

**C.V.:** estuve en el Palacio de la Moneda hasta las ocho de la mañana. Salí de allí, antes del cerco de los golpistas, para quemar cinco archivos que tenía en oficinas distribuidas cerca del Palacio, pues contenían miles y miles de direcciones y nombres que no debían caer en manos de los asesinos. Luego, junto con otros compañeros, tuvimos que abrirnos camino a tiros para salir del centro de la ciudad.

**EE.:** la palabra “comunismo” tan debatida y tergiversada, ¿qué importancia adquiere hoy en día para Latinoamérica y para el mundo?

**C.V.:** ahora se habla mucho del “socialismo del siglo XXI”, pero nadie lo ha definido y todos parecen estar de acuerdo en que vamos, como dice el tango, arrastrando por este mundo “la vergüenza de haber sido y el dolor de ya no ser”. Pero las palabras no importan. Lo que interesan son los contenidos. Quien se avergüenza de luchar por una sociedad sin clases, sin explotadores ni explotados, una sociedad nueva, de bien común y de trabajo creador común, es simplemente un canalla o un inconsciente. Pónganle a esa sociedad el nombre de “plátano” o de “flan con dulce de leche”, si la palabreja “comunismo” los ruboriza, pero no abandonen el contenido de la lucha. Y reconozcan que bajo el nombre de “comunismo” muchos criminales han cometido actos horribles, así como bajo el nombre de “libertad” otros criminales vienen cortando cabezas humanas desde la Revolución Francesa hasta hoy. Los nombres no importan. Importan los contenidos.





**yo fui un niño feliz hasta los ocho años y muy infeliz entre los ocho y los quince. Mantengo vivas, por eso, muchas de mis ilusiones, dudas y vacilaciones no resueltas de la adolescencia.**

**EE.:** ¿por qué en 1979 encerraron 24 horas amarrado a tu padre ya de edad avanzada? Acontecimiento que plasma en el poema *Allanamiento*: “Entraron a mi casa militares / y el alba se vistió de verdeoliva”.

**C.V.:** porque yo era miembro de la dirección nacional del M-19 y esta organización acababa de robarse siete mil fusiles del Cantón Norte. Alguno de los militantes detenidos y torturados en las razias del ejército confesó que en la organización había un “Vidales, alias «Luis»”, y el señor general Vega Uribe, asesorado por los caballos de los establos militares, decidió: «Detengan a Luis Vidales”.

**EE.:** ¿cuáles fueron tus siguientes pasos en la década de los setenta? ¿Retornas a Colombia?

**C.V.:** después del golpe militar en Chile fui repatriado a Colombia —o expulsado, según se mire— y perdí todo lo que tenía. Los organizadores de la revista *Alternativa*, en preparación, me invitaron a participar en ese proyecto y fui nombrado jefe de redacción. Al mismo tiempo, Jaime Bateman hizo contacto conmigo y, con su enorme simpatía, amplitud y generosidad, me sedujo y quedé reclutado como militante del M-19, que estaba preparando por entonces el operativo de la espada de Bolívar. Trabajé con dos identidades y a veces con tres: dentro del M-19, como miembro de la dirección nacional y encargado de tareas de educación y propaganda; en la vida “legal”, como periodista, historiador y conferencista y, además, como miembro de la dirección de Anapo Socialista. Ya tenía yo la costumbre de no dormir, desde los días agitados de la Unidad Popular de Chile, así que me dediqué a todas esas cosas con muy buen humor y mucha dedicación. Me fui del M-19 en diciembre de 1979 porque jamás pude aceptar los secuestros, nunca apoyé el asesinato de José Raquel Mercado y siempre estuve en desacuerdo con la aventura del Cantón Norte.

**EE.:** ya no estabas, pero me imagino que también te hubieses opuesto a la toma del Palacio de Justicia. ¿Cómo analizas dicha acción?

**C.V.:** me opuse enérgicamente a la Toma del Palacio de Justicia, cuando me enteré de esa aventura irresponsable. Estaba yo en Estocolmo y ya hacía seis años que no pertenecía al M-19. Escribí un artículo muy duro contra esa acción. Artículo publicado en el periódico *Macondo*, de Lund, sur de Suecia. Del señor Betancur no vale opinar, porque está claro, es un axioma, que el enemigo tiene que ser malo y perverso. Él cumplió con esa regla. Pedir lo contrario sería la negación de las propias convicciones. Los grandes culpables de ese holocausto fueron: la regional de Bogotá del M-19, que inició la tragedia; el ejército, que hizo lo que sabe hacer, masacrar y masacrar; y el señor presidente, defensor del sistema sobre una montaña de cadáveres.

**EE.:** parecerá obvia nuestra pregunta, pero, ¿Cómo analizas el proceder de las FARC actualmente? ¿Qué camino toma Colombia con la lucha armada que ya lleva varias décadas, más de noventa mil desaparecidos y cientos de exiliados por todos los motivos: pobreza, inseguridad, oportunidades de estudio, etc.?

**C.V.:** brevemente: los secuestros son, en mi opinión, incompatibles con la conducta revolucionaria porque son un crimen contra la humanidad. Las masacres de indígenas, lo mismo. Los reclutamientos forzosos de niños, lo mismo. Mantener prisioneros “de guerra” durante años y décadas, lo mismo. Sembrar los campos de minas antipersonales es un crimen contra la humanidad. Extorsionar a la población civil es un crimen contra las normas de la guerra revolucionaria. Quien hace esas cosas no está actuando como un revolucionario, está actuando como un bandido, un señor de la guerra. Vengo diciendo



esto desde hace más de veinte años y la respuesta ha sido una montaña de calumnias, injurias y hasta terrorismo telefónico: durante diez años me han llamado a mi casa, en mitad de la noche, para decirme que me van a “ejecutar”. ¿Es esta la conducta de quienes luchan por la construcción de una “sociedad justa”? Quiero creer que en las FARC existen todavía elementos capaces de recuperar el rumbo revolucionario, pero eso lo dirá la vida, la práctica social.

**EE.:** “siempre habrá traficantes; siempre habrá toxicómanos por vicio de forma, por pasión”, dice Antonin Artaud en *El ombligo de los limbos...* Como historiador ¿cómo analizas la aparición del narcotráfico en el conflicto armado colombiano?

**C.V.:** ese es un tema de feroz complejidad. Nuestros idolatrados próceres de la independencia financiaron sus guerras con contrabando, piratería y trata de esclavos. Como historiador, me parece horrible que mis colegas historiadores oculten estos hechos. El general Soublette, ya viejo, recordaba que después de la batalla de Boyacá preguntó por un oficial y le dijeron que estaba bajo consejo de guerra por robar caballos, y comentaba entre risas: “Y a nosotros, ¿quién nos juzgaba?” El narcotráfico ha impregnado todos los poros del cuerpo social en Colombia. Y ha habido sectores de la guerrilla que han terminado juntando más dinero para su caja del que pueden gastar en la guerra. Esa ecuación conduce al bandolerismo. Y al lado de quienes le piden al pueblo una contribución para la lucha, hay quienes consideran que es justo extorsionar a la población civil. Maquiavelo sugirió alguna vez que las guerras de los rebeldes contra la tiranía pueden costar muy caro, porque pueden costar los principios y los rebeldes se van volviendo, a su vez, tiranos.

**EE.:** William Wordsworth en su Oda “*Intimations of Immortality from Recollections of Early Childhood*” nos habla de los bellos recuerdos de la infancia que se van diluyendo al entrar a la vida adulta por otros más amargos. Carlos Vidales, el adulto ¿cómo ve a Carlos, el niño de aquella época?

**C.V.:** yo fui un niño feliz hasta los ocho años y muy infeliz entre los ocho y los quince. Mantengo vivas, por eso, muchas de mis ilusiones, dudas y vacilaciones no resueltas de la adolescencia. A veces preferiría hablar de otro asunto: ¿Cómo veía el niño Carlos Vidales su futuro como adulto? Me gustaba pensar que en el año 2000 tendría 61 años, que estaría vivo y que pensaría esto o aquello y actuaría de esta o de esta otra manera. Hoy, a los 73 años, me complace constatar que no me equivoqué en las cosas esenciales. Nunca me vi como empresario, hombre de negocios, empleador, capitalista, terrateniente, burgués. Creo que ese niño que fui tenía algunas ideas fundamentales bastante claras.

18 de junio de 2012, Suecia-Argentina-Colombia ■

**Me fui del M-19  
en diciembre de  
1979 porque jamás  
pude aceptar  
los secuestros,  
nunca apoyé el  
asesinato de José  
Raquel Mercado y  
siempre estuve en  
desacuerdo con la  
aventura del Cantón  
Norte.**